

La influencia “oriental” en Occidente durante el siglo XX

Javier Ruiz Calderón

La civilización occidental moderna se caracteriza por la relevancia que atribuye a la racionalidad humana. El hombre, individual y colectivo, considerado digno por ser portador de la razón, pasó en el Renacimiento al centro del escenario desplazando de él a lo divino. La aplicación de la razón a los diversos ámbitos de la vida permitió un enorme desarrollo de la ciencia, la técnica y la economía, una transformación de la cultura y de los procedimientos políticos, no legitimados ya por la tradición o la sanción divina sino por la voluntad del pueblo soberano. La acción decidida de los individuos y los colectivos permitiría supuestamente el progreso hacia una humanidad feliz e ilustrada.

¿Qué es "Oriente"? Hablando con propiedad, "Oriente" no existe. Las visiones tradicionales del mundo de las dos grandes civilizaciones asiáticas son muy diferentes: El pensamiento de China, gigante que con el tiempo puede llegar a hacerse con la hegemonía mundial, subraya el cambio, la complementariedad de los opuestos, la armonía universal y la sabiduría como integración personal en el orden cósmico. El pensamiento indio, por el contrario, valora por encima de todo lo inmutable, lo supracósmico, y busca la plenitud en la trascendencia mística de todo lo mundano. Japón, por su parte, se distingue por una adaptabilidad que le ha permitido adoptar y hacer plenamente suyos primero la cultura y el pensamiento chinos y después, desde el siglo pasado, el capitalismo y la modernidad occidental.

Sin embargo, podemos llamar legítimamente "orientales" algunas grandes ideas compartidas por las grandes culturas asiáticas, como éstas tres:

1. El tiempo no es lineal, sino cíclico. Lo relevante no es la acción histórica dirigida hacia el futuro sino la contemplación del presente intemporal, es decir, de la eternidad.

2. Hay una unidad divina subyacente a la multiplicidad cósmica. El sabio y el iluminado están instalados en la conciencia de esa unidad.

3. Lo importante no es lo personal sino lo transpersonal; no es la libertad individual sino liberarse de la individualidad.

Quizá la representación más paradigmática del pensamiento oriental sea el budismo, nacido en la India pero presente en todo el resto de Asia. Y la esencia del budismo es *anatta*, la negación de que seamos entes individuales e independientes, como creemos en Occidente desde Aristóteles.

La oposición que acabamos de esbozar entre el Occidente moderno, activo y personalista, y el Oriente intemporal, contemplativo y transpersonal es una simplificación. Los términos "Oriente" y "Occidente" son, más que realidades históricas y geográficas, símbolos de dos tendencias básicas del espíritu humano. En Occidente también hay mística, filosofías de la unidad, concepciones orgánicas del cosmos, etc., aunque no son el tipo de pensamiento predominante sino algo marginal. Y en Oriente también hay racionalidad, ciencia, técnica y humanismo, aunque no tan desarrollados como en la modernidad occidental.

La interacción y conocimiento mutuo entre las culturas ha producido en el siglo XX un creciente proceso de globalización presidido por la expansión planetaria de la poderosísima civilización occidental. Los valores occidentales están conquistando el mundo, aunque en algunos lugares se produzcan resistencias nacionalistas aparentemente destinadas al fracaso ante la potencia de la ciencia, la técnica y el capitalismo de consumo. En la India, China y Japón se ha producido de maneras diferentes y con diferentes ritmos un proceso de occidentalización y modernización que abarca todos los aspectos de la vida: la política, la economía, la industria, la cultura, etc. Lo que suele suceder es que se combina lo occidental con los elementos de la propia cultura compatibles con el proceso de modernización. Así, por ejemplo, la independencia de la India, la revolución china y el éxito económico japonés orientalizan motivos típicamente

occidentales. Gandhi y Mao, el abogado independentista formado en Londres y el líder marxista, símbolos respectivamente de la India y la China del siglo XX, encarnan occidentalizándolos los ideales tradicionales del santo hinduista y el gobernante ejemplar confuciano. La fidelidad del japonés a las instituciones sociales de las que forma parte ha encontrado en la empresa capitalista un nuevo objeto de culto.

La influencia de Oriente en Occidente durante el siglo pasado ha sido mucho menor. Es cierto que el estudio académico y el conocimiento popular - muchas veces superficial y tópico - de las culturas orientales en Occidente ha progresado mucho; pero la influencia efectiva de Oriente sobre Occidente durante este siglo ha sido incomparablemente menor que la de éste sobre aquél. Algunos saberes y disciplinas tradicionales - como, por ejemplo, la acupuntura o las artes marciales - se practican comúnmente entre nosotros. Los restaurantes orientales - sobre todo chinos -, los bonsais, los karaokes y otros elementos de la cultura práctica de esos países forman parte natural de nuestro paisaje cotidiano. Las personas cultas suelen saber algo sobre las artes orientales: a casi todos nos suenan Tagore y Mishima, hemos visto algún grabado japonés, reconocemos el sonido del sitar y hemos asistido a la proyección de películas rodadas en esos países; pero, aparte de excepciones puntuales como la presencia del zen en las artes plásticas de los años cincuenta y la introducción de motivos orientales en la novelística de, por ejemplo, Hesse, Forster o P. S. Buck, la trayectoria de la creación artística occidental no se ha visto apenas alterada por la influencia oriental. En política, el maoísmo tuvo sus años de gloria entre la progresía, y la no violencia gandhiana ha inspirado algunos movimientos reivindicativos.

En filosofía los especialistas conocen cada vez mejor los pensamientos orientales, y los comparatistas estudian sus semejanzas y diferencias con el occidental; pero los filósofos académicos suelen desconocer la filosofía asiática, y muy pocos pensadores importantes tienen en cuenta las aportaciones orientales. Heidegger manifestó su sintonía con el taoísmo y el zen, Jaspers incluyó a Buda y Confucio entre "los hombres decisivos", y poco más. El recientemente fallecido Raimon Panikkar, el pensador español actual más conocido en el mundo, es un representante paradigmático de la categoría casi vacía de los pensadores transculturales, que consideran patrimonio propio no sólo el pensamiento de Occidente sino también el de las demás culturas.

Mucho mayor que en los medios académicos ha sido la influencia oriental en la cultura popular. Desde la "generación *beat*", la contracultura y los hippies de los sesenta hasta la *new age* y el neohippismo actuales, el pensamiento, la música, la moda y la vida cotidiana en general de ciertos sectores juveniles e intelectuales alternativos han experimentado ese influjo. Sobre todo las religiones orientales de carácter místico, como los budismos, el hinduismo y el taoísmo, y determinadas técnicas espirituales e higiénicas como el yoga y el tai chi llevan décadas proporcionando a muchos la paz y la libertad interiores que no encontraban ni en las religiones semíticas de tipo profético, más volcadas hacia la acción, ni en el compromiso político o el consumismo seculares. Y, aunque proliferan los pseudogurus sin escrúpulos y las sectas destructivas de inspiración oriental, también hay grupos serios y maestros espirituales genuinos, como el Dalai Lama, el "oriental" más conocido actualmente en Occidente.

Así pues, la globalización y el mestizaje van avanzando, combinándose la irresistible modernidad occidental con las peculiaridades compatibles con la modernización de las otras culturas. El peligro de Occidente es la unilateralidad, la hipertrofia de la racionalidad instrumental, de la ciencia y la técnica, que amenaza con deshumanizarnos y destruir el planeta. La racionalidad moderna es valiosa, debe ser uno de los ingredientes de la humanidad futura; pero su constitutiva naturaleza crítica debe abrirla a las otras culturas buscando la complementariedad, el enriquecimiento mutuo y la integración de las diversas perspectivas. Heidegger nos propone ir más allá del subjetivismo occidental moderno abandonándonos (*Gelassenheit*) al acontecer; Trías anuncia una posible "edad del espíritu" (1994) en la que lo

racional y lo simbólico serían las dos caras de una vida humana plena; y Luis Racionero (1993), más asertivamente, afirma que si Occidente quiere sobrevivir tiene que aceptar los valores de Oriente. Y quizá tengan razón.